

CRISTÓBAL DE VILLALÓN, *CROTALÓN*, EDICIÓN DE ALFREDO RODRÍGUEZ LÓPEZ-VÁZQUEZ, MADRID, CÁTEDRA, 2021, 495 pp.

LUIS MIGUEL SUÁREZ MARTÍNEZ  
IES Río Órbigo

Entre los diálogos renacentistas que hacia mediados del XVI prefiguran el camino hacia la narrativa moderna, en la línea del *Lazarillo*, figura el *Crotalón*. La obra, una de las manifestaciones asimismo más destacadas de la literatura lucianesca en España, se ha conservado en dos manuscritos —BNM 2294 y BNM 18345—, que plantean no pocos problemas ecdóticos. La prestigiosa colección «Letras Hispánicas» de Cátedra incluía ya desde 1982 una edición de este diálogo al cuidado de Asunción Rallo. Dentro del proceso de puesta al día de su catálogo, ha visto la luz recientemente una nueva edición, esta vez a cargo de Alfredo Rodríguez López-Vázquez, especialista en literatura aurisecular y editor en esta misma colección de *El viaje de Turquía*, diálogo coetáneo y muy próximo al *Crotalón*, y para el que algún estudioso en el pasado, no sin mucho fundamento, postuló un mismo autor.

En su estudio introductorio comienza el profesor Rodríguez planteando

«El problema de la autoría y la identidad de Cristóbal de Villalón» (pp. 11-25). El autor del *Crotalón*, que se oculta bajo el pseudónimo de Cristóbal Gnófosos, ha sido identificado, por una parte de la crítica (aunque Bataillon, por ejemplo, negó esa identidad postulada tempranamente por Gayangos), con el humanista vallisoletano Cristóbal de Villalón. Sin embargo, el editor aporta aquí una nueva interpretación sobre la identidad de este humanista, cuyo nombre figura al frente de cinco obras —*Scholástico*, *Tragedia de Mirrha*, *Provechosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, *Provechoso tratado de cambios y una Gramática* (1558) de la lengua española—, pues postula la existencia, en realidad, de dos escritores homónimos: uno, formado en la universidad de Salamanca y autor de las tres primeras obras citadas; y otro, educado en la universidad de Alcalá, responsable de las otras dos. Este último Cristóbal de Villalón es, según la hipótesis del profesor Rodríguez, el verdadero creador del *Crotalón*. Dicha atribución

ción estaría avalada por argumentos doctrinales y lingüísticos.

A detallar estos argumentos se dedica el segundo apartado, «Semblanza de un humanista cristiano ortodoxo» (pp. 25-40). Para ello se sirve sobre todo de la *estilometría*, confrontando lingüísticamente el *Crotalón* con la *Gramática* y el *Provechoso tratado de cambios*. La comparación se fundamenta en dos cuestiones: la frecuencia de la conjunción adversativa (uso de *pero* / *más*) y de un centenar de usos lingüísticos (palabras, sintagmas, expresiones...). El resultado arroja una significativa serie de coincidencias que, según el profesor Rodríguez, sustentarían la hipótesis de un mismo autor para estas tres obras. Por el contrario, esas concordancias no se dan en las otras tres, lo que demostraría la existencia de dos escritores distintos con el mismo nombre.

En la misma línea argumentativa, en el epígrafe siguiente «El capítulo XXIX del *Provechoso tratado de cambios* y el último capítulo canto del *Crotalón*» (pp. 40-52) se trata de apuntalar la cuestión de la autoría mediante el cotejo particular de estos fragmentos. Además de revelar una coincidencia doctrinal —que delata un espíritu afín a la reforma católica—, el citado capítulo del *Provechoso tratado de cambios* «está plagado de usos lingüísticos del *Crotalón*» (p. 49). Por otro lado, se apunta otra cuestión ecdótica fundamental: el análisis de los dos manuscritos que han conservado el diálogo refuerza, según el editor, la hipótesis de que no son autógrafos —en la edición de la profesora Rallo se sostenía lo contrario— sino obra de un copista, que, además, introduce correcciones personales en el texto original.

A las cuestiones literarias se dedican los dos siguientes capítulos. En «*El Libro de las transformaciones de Pitágoras* y la génesis del *Crotalón*» (pp. 52-60), se analiza la impronta doctrinal e ideológica que aquel diálogo, pionero del lucianismo en España, deja en el segundo, del que es sin duda una de sus fuentes primordiales. Por otra parte, en «La arquitectura narrativa del *Crotalón*» (pp. 60-66) se ponen de manifiesto las diferencias literarias entre ambas obras: frente a la estructura abierta del *Diálogo de las transformaciones* el *Crotalón* ofrece una estructura cerrada y, sobre todo, más compleja, pues su entramado recuerda el modo de las cajas chinas: un marco general proporcionado por *El sueño o el gallo* de Luciano, en el que se integran a su vez diversas historias procedentes de Ariosto, Ovidio, Lucano o Pseudohomero (p. 61). De paso, se insiste en las diferencias —en los personajes, la geografía y sobre todo en los usos lingüísticos— entre las historias de origen ovidiano del *Crotalón* y la también ovidiana *Tragedia de Mirra* del Villalón salmantino (pp. 62-63).

Novedoso en sus conclusiones es asimismo el apartado sobre «El “Prólogo del auctor” y sus enigmas» (pp. 66-70), en el que se sostiene la hipótesis de que el redactor del prefacio no es Villalón sino el propio amanuense. La argumentación se basa en diversos detalles como su ignorancia del griego, extremo que se deduce de la omisión de ciertos títulos —supuestamente en su lengua original— (p. 66) o la presencia de usos lingüísticos no solo ajenos al *Crotalón* sino también a las seis obras atribuidas a uno y otro Villalón. Al copista cabría asignar también los epígrafes introductorios de cada capítulo (p. 68) y, en último término, las variantes de los dos manuscritos. Por otro lado, se pro-

pone que el manuscrito BNM 2294 — generalmente considerado como la primer borrador de la obra — es, en realidad, una copia destinada a la censura de la Inquisición — que dejó también su marca en el texto mediante diversas tachaduras y comentarios marginales (p. 68) —, como paso previo a su entrega a la imprenta.

«Las pequeñas metáforas y la gran metáfora del *Crotalón*» (pp. 70-73) se centra en el sentido general de la obra: «se trata de un discurso moral basado en un humanismo cristiano que fustiga el vicio y el ocio y que muestra el camino del bien común, basado en el rechazo al ocio y a la vanidad social» (p. 72). Villalón muestra, en definitiva, un espíritu afín a la Reforma, pero compatible con otras corrientes renovadoras de la Iglesia católica, ya no solo con las más heterodoxas, como la de los hermanos Valdés, sino también con la de otros renovadores como Francisco de Osuna y fray Luis de Granada o incluso Ignacio de Loyola (pp. 72-73).

Por último, la cuestión ecdótica se trata en el pertinente epígrafe (pp. 75-77). Como ya se adelantó al tratar la cuestión del prólogo, aquí se separa el profesor Rodríguez de las interpretaciones más aceptadas: si, en general, se suele considerar el manuscrito BNM 18345 como la versión corregida del BNM 2294 — que presenta numerosas correcciones y tachaduras y parece cronológicamente anterior — y, por tanto, se tomaba como texto base (así en la edición de Asunción Rallo), el editor se inclina, en cambio, por el segundo. Justifica su elección en la hipótesis de que este fue el texto que efectivamente estaba destinado a la imprenta y que pasó, por tanto, la censura. En cambio, el BNM 18345 no ofrece ninguna garantía, en su opinión, de

que fuera revisado por su autor y adaptado a las directrices inquisitoriales, de manera que las variantes introducidas bien pudieran deberse al propio copista.

Dejando al margen las diversas objeciones que puede suscitar esta suposición, quizás requieran algún comentario otros detalles como la transcripción ortográfica del texto o las notas. Sobre lo primero, no se señala el criterio seguido por el editor, lo que genera en ocasiones desconcierto. Así, se observa que se opta por conservar las grafías originales, pero no se sigue la norma de forma sistemática. Por ejemplo, mientras se mantiene el uso original de las sibilantes, de *b / v* o de *i / y*, se elimina o se restituye, sin embargo, la *h* para adaptarla a la ortografía moderna, dando lugar a formas híbridas como *havían* — y del mismo modo todas las formas del verbo *haber* —, *ahýj*, etc. En otros casos, contraviniendo esta práctica se mantiene la grafía original — *enheriçan* (p. 377) — o se transcribe la misma palabra de forma distinta a lo largo del texto: *yerro* (p. 403) — modernizando la grafía primitiva, según se advierte en nota 1277 —, *hierro* (p. 462) — conservando ahora la lectura de ambos manuscritos — y de nuevo *hierro* (p. 494) — esta vez sin ninguna anotación —. Algo semejante ocurre con *ufana* (p. 340) y *hufano* (p. 472). Idéntica falta de regularidad — e incluso discordancia entre lo que se transcribe y lo que se anota — se observa ocasionalmente en relación con otras grafías (*tiempo*, p. 87), *tiempo* (p. 95), y *tiempos* (pp. 112 y 142); o *cuarto* (p. 90), que pocas líneas después se transcribe *quarto*.

Por lo que respecta a la anotación, se centra fundamentalmente en las cuestiones ecdóticas (la elaboración de un aparato de variantes, sin embargo, hu-

biese aligerado los comentarios textuales). En cambio, las notas léxicas y explicativas son bastante más parcas, a pesar de que no faltan usos lingüísticos o alusiones históricas y literarias que hubiesen requerido la pertinente aclaración. Por último, cierta contradicción con lo sostenido en el prólogo puede colegirse de aquellas notas (369, 657, 734 y 1092) que subrayan las coincidencias léxicas del *Crotalón* con el *Scholástico* —utilizadas explícitamente incluso en algún caso (nota 664) para subrayar la autoría

de Cristóbal de Villalón—, cuando se ha defendido que el escritor de ambas obras no es el mismo.

En definitiva, esta nueva edición propone importantes novedades, tanto en el plano ecdótico como en el de la atribución, que quizás no dejarán de producir controversia, pero que en cualquier caso ponen de manifiesto que varias cuestiones fundamentales del *Crotalón* siguen todavía lejos de estar resueltas.